

“¡Por Favor, Doctor! ¿Me Pasa la Sal?”

(Entrevista a Sosa Wagner, Abril, 1998)

Por JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ REÑONES

“Si te conoces demasiado a ti mismo, dejarás de saludarte”. Eso decía el gran Ramón Gómez de la Serna y eso mismo se aplica nuestro sincrético Sosa Wagner. Si metáfora + humor = Greguería, entonces inteligencia + humor = Sosería. Llegados a este tiempo en que la bazofia cultural se expande y promociona como alimento alineante de la plebe y la inteligencia al fin ha logrado equipararse con los dividendos, alguien en su insano juicio debería detener a este hombre. ¿Razones? Sobran: a) Por elegante apóstata de las majaderías circulantes. b) Por reducto numantino de saberes alenjandrinos. c) Por tener cuatro horas, al que suscribe, subiendo a alcores y bajando a valles a un ritmo del que no tenía recuerdo desde que estaba defendiendo a la patria del harapiendo enemigo en el África de los ochenta. Cuatro oxigenantes horas entre robledales, genista, romero, choperas, jaras y juncales. Cuatro horas de peregrinaje, que no de paseo, con bota de tacón por el silvestre páramo montaraz entre el Torío y el Bernesga. Cuatro horas disfrutando de los caminos escrutables, diáfanos, austeros y mordaces de este hombre enciclopédico; yendo de Solón a Gregorio VI, de “las damas que le colocaban en el regio lecho a la real verga fernandina” (ver en su novela histórica Posada Herrera) a la disquisición más fundamentada y torera sobre derecho administrativo. ¡Es tanto éste, nuestro Don Francisco, que dos páginas de diario se me antojan una castración para un mínimo retrato fidedigno! Es por lo cual que podemos pretender, y pretendemos, continuar esta conversación, transcurrido un lapso adecuado, a poca paciencia que nos dispensen.

P.- Don Francisco vive a suficiente distancia del mundo, no así, por propia voluntad, de los demonios y de las carnes. Gusta leer pantagruélicamente, departir con la agudeza del dandy y reflexionar en el bien y en el mal, nunca al margen o por encima de los mismos. Profesor, ¿cómo se explicaría la displicencia del leonés por el campo?

R.- Creo que León tiene una población que todavía está muy cerca de su antepasado rural. Se vuelve al campo cuando han pasado varias generaciones de vida urbana; pero mientras que aquellos que ellos o sus abuelos aún procedan directamente del campo, no te preocupes que no quieren saber nada de sus orígenes y tratan de ocultarlos perjurando sobre su limpieza de sangre urbana. Aquí hay una cierta propensión a enracimarse sobre el centro de la ciudad, como si vivir en El Húmedo diese vitola de más alta ciudadanía. Eso lo puedes percibir visualmente si contemplas León desde “La Condonia”. La ciudad se apiña contra su barrio antiguo estrangulándolo, afeándolo; con el añadido de

estirar la mirada y ver la cantidad de miles de hectáreas edificables que perimetran la urbe. El ciudadano leonés no se ha hartado de vida urbana y eso le ha conducido a linchar urbanísticamente su capital. Una ciudad que podía ser bellísima, con joyas únicas en toda la cristiandad, pero que por obra y gracia de los gobernantes, especuladores y arquitectos de los últimos cincuenta años se ha echado a perder.

P.- Marchamos, ya dije, a paso olímpico por la naturaleza que se despereza verdeándose. En la lejanía, y al fondo, León, la ciudad: “Eso que el lenguaje, en un delicado rodeo, llama ciudad y, en realidad, es un revolcadero humano” (escribe D. Francisco en su hilarante novela Es indiferente llamarse Ernesto, reminiscencia informal de Wilde). Me



Cosecha de castañas 98

llama la atención el entusiasmo con que este hombre se apercebe de los detalles, de los asomos de la primavera.

R.- Hasta que no voy a perfeccionar mi carrera a Alemania, ya con veintialgunos años no me entero que existen las estaciones. En el lugar de donde procedía -Marruecos y después Valencia-, el tiempo se comportaba impasible y los cambios estacionales sólo se daban en los libros de la escuela. Porque yo, para que todo se sepa, nací en una pequeña localidad aledaña con Melilla. Mi padre era médico civil, insisto en lo de civil contra lo que primero suela pensarse al mentar Melilla. Y mi sangre es una sabia mezcla (disculpa

la humildad) de orígenes tan diversos como interesantes. Por parte paterna mis ascendientes son cubanos, por la otra parte o parte materna lo son de Alemania. Mi abuelo cubano fue general que se repatrió para Madrid cuando la independencia de la isla, hace nada más que un centenar de primaveras. Aquí tuvo alguna significación en la época de la dictadura de Primo de Rivera, conspirando liberalmente en su contra, claro; al poco, el pobre hombre, murió. Respecto a mis ancestros alemanes: mi otro abuelo también estaba tocado de aventura y como era persona instruida, políglota e intrépida aceptó un puesto directivo en una empresa española de construcción que operaba en el protectorado español de Marruecos. Esa es la razón por la que, andando el tiempo, confluyen las dos ramas y como resultado nos nacen a mi hermano y a mí en Marruecos, donde vivimos también mis primeros once años. Cuando la independencia de Marruecos nos tuvimos que peninsularizar. Mi padre era muy reacio a instalarse en Madrid (herencia que cuidó con esmero), por lo cual aterrizamos en Valencia, ciudad que, por lo que se ve, le traía buenos recuerdos de su estancia de estudiante de medicina. Allí también me licencié yo de derecho. Al concluir la carrera me marché a Alemania, de allí a Madrid, a Roma; luego saqué una plaza de profesor adjunto y me fui a Bilbao desde donde opté a una plaza que consigo de profesor agregado para Oviedo, para concluir sacando cátedra en ésta de León. Entre medias residí cinco años en Madrid porque, como sabes, estuve en un humilde cargo en el ministerio de Administraciones Públicas, en la primera etapa del gobierno socialista.

P.- Con sus flamantes 51 años, su coña impertérrita, sus innúmeras lecturas alimenticias y sobre todo la energía jovial, derrochadora y sagaz de su hermosa Dulcinea, Mercedes; ¡Don Francisco, puede decirse que está usted hecho un chaval!

R.- Es en ciertos aspectos cierto. Mi mujer actual ha dado una nueva dimensión a mi vida, muy ilusionante, es verdad. Ella también es jurista, catedrática, como yo, de derecho administrativo. Nos unen muchas cuestiones profesionales y otras más que no lo son. En este sentido digo que me encuentro aquí muy tranquilo y feliz.

P.- Estoicamente la felicidad se entiende como la ausencia de dolores y de pasiones.

R.- De dolores sí, de pasiones no porque las tengo y las mantengo: esa de la que antes hemos hablado de la armonía de la vida urbana, de la belleza de las ciudades es una de ellas. Por eso me indigna tanto que haya responsables municipales destructores de la silueta, de las prendas íntimas de esta ciudad. ¿Qué pensarán legar al futuro: bingos, estadios y edificios administrativos de dudoso gusto? Otra pasión acentuada y que me embebe, como puedes imaginarte, es la escritura.

P.- ¿La escritura de creación es un intento de parangonear y mangonear a Dios o se queda en un sucedáneo más doméstico?

R.- No, sencillamente es una forma de comunicarte. En la sociedad actual, los humanos nos comunicamos mal. Escribimos muchas cartas formales, que no sentimentales, ponemos muchos faxes, hablamos mucho por teléfono...

pero nos comunicamos mal.

P.- Desde Saussure para acá enviar información no es igual que comunicarse.

R.- No, claro que no. La comunicación es escasa y sólo se puede dar en ambientes de amistad, donde exista la complicidad, donde se dé un grado de intimidad y de coincidencia. Me parece que esto en nuestra sociedad no se da o al menos yo ni lo tengo ni lo percibo.

P.- Como consecuencia, tal vez, de una vida tan dispersa. ¿Tiene necesidad de afianzarse, de comunicarse con una gran familia?

R.- Por supuesto que el hecho de haber llevado una vida tan móvil ha producido que la mayor parte de mis amigos estén dispersos y lejanos. Mis afectos de la juventud y de la infancia ya no están en mi horizonte vital. Por ello pienso que muchos de los que escribimos utilizamos este sistema como una suplantación de una intimidad de la que carecemos, de la intimidad que te proporciona un círculo cercano de afectos.

P.- ¿Sólo se escribe por carencias?

R.- Eso puede ser, pero también escribe el que no le gusta la sociedad. ¡Ojo!, no es que, quienes escribimos, queramos transformarla, que probablemente sea un signo de pedertería, si no que escribiendo te evades de la realidad, al mismo tiempo que influyes sobre ella, fundamentalmente, criticándola.

P.- Esa sería la función que se vienen autoimponiendo los autodesignados intelectuales.

R.- Bueno esta figura del intelectual está un tanto deteriorada. Los que trabajamos con el intelecto estamos demasiado profesionalizados, demasiado acotados en nuestra parcelita de saber. El intelectual, a mi juicio, tiene que tener una formación más integral y, sobre todo, tiene que tener inquietudes y estar con todos sus poros abiertos.

P.- Estamos inmersos en una realidad informativamente torrencial y trepidante ¿cómo se puede uno gobernar en esta jungla de estímulos?

R.- No digo interesarse superficialmente por todo y profundamente por nada, si no profundamente por más. Ya sabes, por ejemplo, que entre otras inquietudes y placeres míos, además de este de pasear, me interesan la escritura, la música y los toros, que, como todo el mundo sabe, son un arte en cuanto que con ellos también se da lo irreplicable, arte menor como el cine, por supuesto.

P.- ¿A qué podemos llamar entonces arte mayor?

R.- No creo que estas artes se puedan semejar con las grandes creaciones del intelecto en la pintura, la escultura, la música o la gran literatura. Mi afición por los toros, como debes de suponer, es moderada y concentrada en el tiempo, dura lo que dura la temporada. Por eso no entiendo que haya aficionados al fútbol que logren tragarse todos los días un partido.

P.- Tampoco lo entiendo pero los conozco: son precisamente los que más necesitan anular una sinvida ramplona y más repetitiva que la cebolla.

R.- Pero hay tantas maneras de anesthesiarse, José Anto-

nio, incluso con mayor placer y aprovechamiento. Por supuesto que tienes razón en que no hay nada más vago que sentarse y esperar a que te las den todas, a que todo te entre y no tengas que realizar ningún esfuerzo, pero cabe pensar ¿merece la pena perder el tiempo en algo así? Ahí están los libros, que no sólo son Sthendal o Cervantes, que dentro de los libros está todo, desde el cómic a la aventura, al saber, a la lujuria, a las grandes obras psicológicas o dramáticas. El libro es un instrumento que transporta a cualquier mundo. Cualquier experiencia que quieras tener en la vida te la proporciona el libro.

P.- A mi entender, creo que la aversión de muchas personas por la lectura es simplemente por evitar ese esfuerzo físico que supone la transformación de los vocablos en imágenes o en conceptos con la inmediata interactividad cerebral que supone. Los medios audiovisuales esto lo dan gratis, a primera vista.

R.- Ya lo creo. Pero una cosa, volviendo a los libros, es meterse de rondón con el teatro clásico del siglo de oro español que se necesita un esfuerzo intelectual considerable para lograr imbuirte en él, pero si coges una comedia de Oscar Wilde o, por no venir más cerca, a un Molière, a esos personajes eternos que ha cincelado y pasarás uno de los momentos más gratos que se puedan imaginar. Por eso es difícil de entender el miedo al libro.

P.- Tal vez ese miedo provenga del uso que las clases sociales aventajadas han hecho de la cultura como arma arrojadiza y de sojuzgación de las clases pobres. Ahora que la inercia del capitalismo ha creado, principalmente en Europa, una gran clase media lo difícil es entender cómo esta clase ascendente no se ha percatado de que la clave del placer y del poder está en los libros.

R.- Creo que se ha dado esa gran popularización del libro en el momento justo en que emergen con fuerza los medios audiovisuales, la competencia. Pero insisto en lo que se pierde el que no tiene trato con los libros: viajar, conocer, vivir vidas y aventuras, etc.

P.- Son fechas éstas de homenajes e idolatrías a los libros (¿a la industria o a los contenidos?) ¿Es Ud. de lecturas indiscriminadas, filtradas o temáticas?

R.- Me gusta por demás la literatura española que es la que he seguido, principalmente el siglo XIX y el XX. Mis

entusiasmos se reparten entre Galdós, Baroja, Azorín, Clarín, Gómez de la Serna...

P.- Sería conveniente aclarar que no existe relación



Primera partida de ajedrez en El Paseo

segundona entre las Soserías de Sosa Wagner y las Gregerías de Ramón Gómez de la Serna.

R.- No, no; pero sí que existe alguna entre las Gregerías y una cosa que escribo, aún sin publicar, un género que llamo "Eutrapelias", que quiere decir "dicho donoso, no ofensivo". Tendré redactadas más de mil. ¿Un ejemplo? Mira: "Lo malo de los relojes del Palacio de Oriente es que dan las horas del dieciocho". Las Soserías tienen más que ver con la literatura que más me ha gustado, la costumbrista y de humor al estilo de Julio Camba,unqueiro, de "las banderillas" de Eça de Queiroz; salvando, claro está, las distancias con los maestros.

P.- ¿El baño de humor es la principal medida de higiene que debe guardar al levantarse una persona inteligente?

R.- Indudablemente. En la vida hay cosas serias, por supuesto, pero menos de las que parece. Rusiñol ya decía que una de las formas más crueles de relacionarse era la seriedad.

P.- La seriedad es la coartada de los inútiles que pretenden parecer interesantes.

R.- La seriedad del burro ¿no? Sí, creo que eso es así. La vida ofrece tantos contrastes: entre lo que ves y lo que piensas, entre lo que hay y lo que sueñas, entre lo que piensas y lo que contestas que puedes hacer dos cosas: suicidarte o echarte al monte. Si no lo atemperas todo con humor, si no pones ese filtro de distancia y relativismo que es el humor, una cierta ironía y la indulgencia que debemos tener entre los imperfectos, el mundo se lleva mal.

P.- La perfección, las utopías, los cielos parece que así,

en un rápido recuento estadístico, son la principal zanañoria que ha conducido a todo tipo de barbaridades.

R.- A todas, a todas. Creo que la formulación de grandes principios, de grandes dogmas inmutables nos ha conducido siempre e irremediamente a la sangre. Que le digan a los rusos dónde está el edén del ideal revolucionario que han padecido durante ochenta años, por ejemplo. En eso la Iglesia Católica, como las iglesias todas, son sibilamente sabias, ofrecen un paraíso para después de finado, con lo cual, si resultara un fraude y no existiera, tampoco vas a volver para reclamar. Un programa muy bien planteado, sí señor.

P.- Antes de topar más abruptamente con la iglesia, cosa que por inverosímil que parezca es demasiado fácil en este país de tanto pepón papón, ¿qué le parece si incidimos un poco en esa otra pagana religión del erotismo que con maestría y sutileza corre por su obra literaria? "Sacó las notarias por vía vaginal" ¿De dónde le viene esa rijosidad tan sana?

R.- Desde pequeño en el instituto me parece que la imaginación, en este sentido, no dejaba de levantar faldas. Esta inclinación festiva, muchas veces, la atribuyo a mis orígenes cubanos. El clima, sabes que es un elemento importante en nuestro comportamiento. Además, no puedo dejar de confesar que soy un enamorado de las mujeres. Me gusta mirarlas. No me canso de contemplarlas. Y eso no se me ha pasado ni con la edad, ni con el trabajo, ni con las inquietudes. De jovencito no es que les dedicara demasiada atención puesto que estaba muy liado con los estudios, las lecturas, los idiomas... Se podría decir que era un chaval estudioso y más bien pelmazo, por eso mismo, tenía la ilusión de llegar a ser, algún día, catedrático y entonces pensaba que había que estudiar muchísimo, luego he comprobado que no es para tanto, pero la pulsión por lo femenino la cultivaba acendradamente, aunque sólo fuese en la fantasía.

P.- Es decir que, más que otra cosa, se pasó la juventud practicando la bibliofilia.

R.- La practiqué y la sigo practicando. Soy un incorregible bibliófilo. Tengo una red por toda España de librerías de viejo que me envían regularmente sus catálogos. Recientemente estoy haciendo acopio de memorias de personajes históricos; porque esto te da una perspectiva muy interesante del momento en que han vivido. También adquiero aquellos ejemplares que por razón del trabajo que esté realizando me puedan servir como es ahora todo lo concerniente a la historia de la Iglesia Católica. Me causa perplejidad ver cómo en este país católico no hay ningún interés por su religión, sea uno creyente o no. Esto no sucede en los países centroeuropeos. Aquí hay verdaderos problemas para encontrar libros relacionados con la historia de la Iglesia. Mucho libro piadoso, mucha hagiografía papal, pero de historia nada, bueno si es que hay hasta problemas para encontrar el Código del Derecho Canónico.

P.- ¿Desde qué enfoque, que pueda considerarse novedoso, está realizando este estudio sobre la Iglesia?

R.- La Iglesia en el siglo XIX se tiene que enfrentar a algo que es absolutamente novedoso para ella: las secuelas morales de la Revolución Francesa. Desde el papado de Pío

VI hasta el de Pío IX, la Iglesia pasa una época de verdadero infarto tratando de situarse frente a las nuevas teorías, sobre todo frente al liberalismo que trata de acabar con los grandes privilegios de la religión: la enseñanza y por lo tanto el control de las conciencias, el matrimonio, la censura... El aferramiento y la involución de la cúpula eclesiástica frente a esta nueva corriente hace que la iglesia de este siglo haga el ridículo condenando la democracia, las libertades públicas, la libertad de conciencia, de opinión. De esto no hace tanto. Pues bien, esta etapa sobre la que la que sí hay material para investigar está escasamente divulgada para el gran público.

P.- Debiera empezarse a pensar que la civilidad comienza por aceptar la historia. Lo traigo a cuenta de que casi todos los no católicos se condenan a la mayor ignorancia sobre la iglesia. Eso explica la contumacia de tanto arribista e insolente.

R.- Buena parte de las técnicas o instrumentos sobre los que descansa la organización del estado moderno son tomadas de las reformas y de la organización de la iglesia. A parte de esto, no se puede decir que se entienda la cultura occidental si no se conoce la evolución de esta organización religiosa. El hecho de que en España no florecieran los estudios teológicos o simplemente históricos dentro de la curia se debe, según la mayor parte de los autores, al respeto que imponía la Inquisición al que pensaba, al que dudaba o al que sabía más de la cuenta.

P.- A nivel particular, no parece que el asunto religioso le haya imprimido carácter o le haya dejado huellas indelebiles.

R.- Quizá mi natural escéptico y burlón no me haya permitido aproximarme a estas cuestiones con fe sino más bien con la curiosidad del estudioso. No obstante voy con mucha frecuencia a las iglesias o a la catedral. Soy un devoto fiel de la arquitectura y de toda obra histórica. Uno de mis grandes placeres es poder escuchar música clásica en los templos. Pienso que si yo disfruto tanto allí con cosas terrenales qué felicidad no alcanzarán los que, además, saben a ciencia cierta que aquella es la casa de Dios.

P.- Pero a la fe también se llega a través de la razón, decía San Agustín. Una curiosidad: nunca he entendido por qué a la teología se le da categoría de ciencia. ¿No es una devaluación ontológica?

R.- Respecto a la fe, a mi fe, lo único que puedo expresar es un lamento por no poder acceder a tan elevado estadio. En cuanto al ser científico de la teología sería una dilucidación larga y sobre la que tampoco he meditado lo suficiente. Llevo un par de años que me he leído copiosas obras de teología y, es curioso, porque me recuerdan el mundo del derecho. Las argumentaciones del teólogo son semejantes a las que hacemos los juristas que son como sigue: a partir de un texto dado elucubramos y elucubramos lógicamente hasta llegar a conclusiones tales que el pagano en la materia queda tan sorprendido como convencido. No siempre para bien, claro está. Ese esfuerzo gigantesco de raciocinio para demostrar el dogma de la santísima trinidad, de la infabilidad del papa o de lo que sea es una maravilla.